

NUEVOS DOCUMENTOS SOBRE LA FILOSOFIA DE AL-KINDI

Y A en otra ocasión subrayé el hecho de que, hasta fecha muy reciente, poco era en realidad lo que de al-Kindī sabíamos, tanto en el aspecto biobibliográfico como desde el punto de vista de su orientación filosófica, pues las escasas noticias que sobre ambos extremos se ofrecían dispersas en los antiguos biógrafos y en ciertos escritores latinos del medioevo cristiano, eran del todo insuficientes para enjuiciar la auténtica valía del *Faylasūf al-ʿArab*¹.

Sin embargo, y por paradójico, notaba entonces que, en este cuadro de general penumbra, el mundo oriental se hallaba en manifiesta desventaja respecto al Occidente cristiano, donde ya de antiguo circulaban versiones latinas de ciertos tratados filosóficos de al-Kindī —editados por Albino Nagy en 1897— y aparecían recogidas algunas de sus opiniones en el *Tractatus de erroribus philosophorum*, publicado por el Padre Mandonnet en Lovaina el año 1911.

Pero quien en realidad posibilitó un mejor conocimiento de al-Kindī fue el gran orientalista alemán Hellmut Ritter al descubrir en 1932 una amplia y valiosa colección de opúsculos —la gran mayoría de nuestro autor— en el manuscrito 4832 de la Biblioteca Ayāsufiyya de Istanbul. No obstante haber dado a cono-

¹ *El Filósofo de los Arabes*; así llaman a al-Kindī sus biógrafos para indicar que era de pura sangre árabe y distinguirlo, además, de los restantes filósofos del Islam. Sobre el alcance de este título, cf. T.-J. DE BOER, en *Archiv für Gesch. der Philos.*, XIII (1889), 154-155; *Encyclopédie de l'Islam*, II, 42, s. v.º *Faylasūf* (Goldziher).

cer tan inesperado hallazgo en un breve, pero sustancioso artículo, redactado en colaboración con Martín Plessner², casi cinco lustros habrían de transcurrir hasta que se iniciase la edición de los opúsculos de al-Kindī entonces reseñados, si bien en 1948 el profesor egipcio Aḥmad Fu'ād al-Ahwānī editaba en El Cairo, a base de otras fuentes, su *Kitāb fi-l-falsafa al-ūlā* o «Libro de la filosofía primera».

Otro egipcio iba a ser también el editor de los opúsculos de al-Kindī localizados por el benemérito orientalista germano, y desde luego su tarea no había de resultar fácil, atendiendo sobre todo a las múltiples erratas del manuscrito y a ser éste fuente única para la edición en la mayoría de los casos: nos referimos al profesor Muḥammad °Abd al-Hādī Abū Rīda, primer director, hace años, del Instituto de Estudios Islámicos en Madrid.

De los tres volúmenes en que proyectaba editar dichos opúsculos, el primero apareció bajo el título de *Rasā'il al-Kindī al-falsafiyya*, «Tratados filosóficos de al-Kindī», y en él se publicaron trece escritos específicamente filosóficos de nuestro autor conservados en el citado ejemplar de la Biblioteca Ayāsufiyya, más otro hallado en el manuscrito árabe 55 de la Biblioteca Taymūriyya y que también es obra de al-Kindī³.

Hace ya algunos años que di a conocer el contenido de este primer volumen, conforme al siguiente esquema: Recogí en primer lugar las notas más salientes de la biografía de al-Kindī —patria, linaje, años de formación y personalidad científica—; analicé luego los aspectos más característicos de su orientación filosófica, así en la parte externa —tecnicismo, método y estilo—, como en su problemática interna —religión y filosofía, creación del mundo, pruebas de la existencia de Dios y atributos divinos—, examinando por último sus relaciones con la filosofía griega, en especial la de Platón y Aristóteles⁴.

Del mismo modo, y cumpliendo la promesa formulada en otra ocasión⁵, quiero cuparme ahora del segundo volumen, que el

² Apud *Archiv Orientaln*, IV (1932), 363-372.

³ Cairo (1369=1950); 400 pp. de texto árabe.

⁴ Cf. DARÍO CABANELAS, O. F. M., A propósito de un libro sobre la filosofía de al-Kindī, en *Verdad y Vida*, X (1952), 257-283.

⁵ Apud *Miscelánea de Estudios Arabes y Hebraicos*, III (1954), 137-138.

Dr. Abū Rīda publicó tres años después y bajo el mismo título general de *Rasā'il al-Kindī al-falsafiyya*, pero con el subtítulo de *Al-Rasā'il al-ṭabī'iyya* o «Tratados fisiconaturales»⁶. Si bien es cierto que el estudio de tales fenómenos constituye el objetivo primordial de nuestro autor en la mayoría de estos opúsculos, no faltan, sin embargo, algunos de carácter filosófico, ya sea por determinados aspectos de su contenido doctrinal o por la estructura del método en ellos empleado; a estos extremos hemos de referirnos luego de manera especial.

Estructura general de la edición

En una breve nota preliminar, el Dr. Abū Rīda, tras remitir a la extensa introducción del primer volumen en cuanto a la vida y obra de al-Kindī, insiste una vez más en las múltiples erratas del manuscrito, que él ha procurado subsanar en la medida de lo posible.

Entre los once opúsculos que en este segundo volumen se dan a conocer, diez se conservan en el mismo ejemplar manuscrito de la Biblioteca Ayāsufiyya de Istanbul que sirvió también de base para la edición de los incluidos en el volumen primero; pero en dos de ellos el editor ha podido servirse, además, de un nuevo elemento de juicio, ya que su texto árabe se conserva también en otro manuscrito de la Biblioteca Bodleiana de Oxford, copia posterior, pero en general más correcta que la del ejemplar de Istanbul; sin embargo, por cierto retraso en la recepción del correspondiente microfilm, el Dr. Abū Rīda no pudo incluir las variantes de este manuscrito en el cuerpo de su edición y hubo de recogerlas en un apéndice especial.

De otro de los opúsculos, cuyo texto árabe nos es hoy desconocido, nos ofrece el Dr. Abū Rīda su propia versión en este idioma a base del texto latino de la traducción medieval, según luego veremos más concretamente.

A diferencia del primer volumen, en que a todos los opúsculos precede una introducción del editor, más o menos extensa según la relativa importancia de cada uno, aquí tan sólo van dota-

⁶ Cairo (1372=1953); 152 pp. de texto árabe.

dos de semejante introducción los de matiz filosófico, pues los que versan sobre ciencias naturales no exigen de ordinario una previa explicación, ya que, a juicio del editor, el conocimiento de sus temas está al alcance de cualquier hombre medianamente instruído.

En cada uno de los opúsculos, el Dr. Abū Rida señala con especial cuidado su atribución a al-Kindī por parte de los antiguos biógrafos árabes, sobre todo Ibn Abī Uṣaybi^{ca} en su *‘Uyūn al-anbā’ fi ṭabaqāt al-aṭibbā’*⁷, Ibn al-Nadīm en su *Fihrist*⁸ y al-Qifṭī en su *Ijbār al-‘ulamā’ bi-ajbār al-ḥukamā’*⁹.

Seguidamente ofrezco la versión abreviada de los títulos de dichos opúsculos, más las páginas de su respectiva introducción —si la llevan— y las de su texto árabe anotado:

I: «Las cinco esencias» (pp. 5-7 y 8-35).— II: «Diferencia entre la naturaleza de la esfera y la de los cuatro elementos» (36-39 y 40-46).— III: «Forma esférica de los cuatro elementos y del cuerpo más alejado» (47 y 48-53).— IV: «Relación que establecen los antiguos entre las cinco figuras y los elementos» (54-63).— V: «El cuerpo dotado de calor y el que lo produce en los demás» (64-68).— VI: «La falta de lluvia en determinadas regiones» (69 y 70-75).— VII: «La formación de las nieblas» (76-78).— VIII: «La nieve, el granizo, los relámpagos, rayos, truenos y heladas» (79 y 80-85).— IX: «El frío en la atmósfera alta y el calor en la baja» (86-89 y 90-100).— X: «El color azul del firmamento»¹⁰ (101-102 y 103-108).— XI: «El flujo y reflujo del mar»¹¹ (109 y 110-133).

De la totalidad de estos opúsculos, es en los cinco primeros donde se advierte un mayor contenido filosófico, aunque de manera incidental, salvo en uno de ellos, y en orden progresivamente descendente; con el sexto se inicia la serie de los consagrados por modo primario a los fenómenos físiconaturales, si bien con marcada orientación hacia temas de geografía en su más amplio

⁷ *Fuentes de información sobre las clases de médicos* (ed. Cairo, 1299=1882).

⁸ *Indice...*; ed. G. Flügel (Leipzig, 1881).

⁹ *Información acerca de los sabios y los filósofos* (ed. Cairo, 1326=1908).

¹⁰ La relación de las principales variantes que en este opúsculo ofrece el manuscrito de Oxford puede verse en las pp. 140-143.

¹¹ Variantes del manuscrito de Oxford, pp. 143-152.

sentido y con una clara finalidad práctica, apoyándose su autor en la observación directa y procurando sacar de ella conclusiones del mayor alcance posible. Por esta actitud estrictamente científica, al-Kindī es digno de todo elogio aun en aquellos aspectos en que sus opiniones discrepan de la moderna concepción geográfica.

Tratado de las "cinco esencias"

Este opúsculo, que ocupa el primer lugar entre los once ahora publicados, es el único estrictamente filosófico, no sólo por su método, sino también por su contenido. Conocido en el Occidente cristiano desde principios de la Edad Media, si bien en copias defectuosas de su versión latina hasta que Albino Nagy lo editó a finales del siglo pasado¹², el Dr. Abū Rīda ha querido ponerlo ahora a disposición de los especialistas de Oriente mediante su propia retroversión en lengua árabe, por cuanto su texto en este último idioma nos es hoy desconocido.

Tres motivos fundamentales abonan su inclusión entre los tratados filosóficos de al-Kindī: primero, porque a él se atribuye en ciertos catálogos del Occidente cristiano, donde se consigna su traducción latina medieval; luego, por enumerarlo de manera expresa entre sus escritos el biógrafo oriental Ibn Abī Uṣaybī'a¹³; y, finalmente, por cuanto las opiniones en él expuestas concuerdan con la orientación filosófica de al-Kindī, que hoy nos es ya bastante bien conocida por los opúsculos indudablemente suyos, editados en el primer volumen antes descrito.

La falta de prólogo y colofón, que de ordinario se incluyen en el texto árabe de los restantes opúsculos de nuestro autor, no constituye en realidad obstáculo serio para la autenticidad de su atri-

¹² Junto con otros tratados de al-Kindī en la colección *Beiträge zur Geschichte der Philosophie des Mittelalters*, II, 5 (Münster, 1897), bajo el siguiente título: *Die philosophische Abhandlungen des Ya'qūb Ishāq al-Kindī*. Los opúsculos aquí editados junto con el *De quinque essentiis* (pp. 28-40), son el *De intellectu* (pp. 1-11) y el *De somno et visione* (pp. 12-27). El texto árabe de estos dos últimos fue editado por el Dr. Abū Rīda en el citado primer volumen, *Rasā'il al-Kindī al-falsafīyya*, pp. 353-358 y 292-311, respectivamente. Estos tres opúsculos ejercieron marcada influencia en los filósofos musulmanes posteriores, así como en la escolástica latina medieval.

¹³ *Uyūn al-anbā'*, ed. c. s., I, 214.

bución, pues los traductores latinos no conservaron a veces tales fragmentos, por considerarlos simples informaciones biobibliográficas, sin interés para la estricta valoración filosófica de los autores árabes.

Con certera visión, el Dr. Abū Rīda ha creído oportuno reeditar, al lado de su propia retroversión árabe, el texto latino de Albino Nagy, de una parte, para hacer viable a los especialistas la confrontación doctrinal de ambos textos, y, de otra, para facilitar a los principiantes el examen de la mutua correspondencia entre los tecnicismos filosóficos árabes y los latinos, extremo especialmente cuidado en el presente trabajo¹⁴.

Aunque sólo de pasada, por haberlo tratado ya Nagy en la parte introductoria de su edición¹⁵, el Dr. Abū Rīda subraya la estrecha semejanza entre el contenido esencial de este opúsculo y ciertos pasajes de las obras de Aristóteles, de las *Rasā'il ijwān al-ṣafā'*, y de los escritos de algunos filósofos musulmanes posteriores a la época de al-Kindī¹⁶.

En el texto latino de Nagy aparecen ciertas aclaraciones entre paréntesis cuadrados, cuyo origen no es posible discernir por ahora, ignorándose si existían ya en el original árabe, hoy perdido, o son obra del traductor latino medieval. El Dr. Abū Rīda, además de conservar dichas explicaciones en su retroversión árabe, añade —en la misma forma— ciertos vocablos o frases indispensables para completar en algunos otros pasajes el sentido del texto o coadyuvar a su certera interpretación.

Por último, es de advertir que en la estructura general del tratado se observa cierto desorden, aunque tampoco en este caso podemos afirmar si tal incoherencia proviene del mismo al-Kindī o ha de atribuirse más bien a su traductor latino.

El esquema de este opúsculo, exento de toda prolijidad y digresión, es extraordinariamente sencillo y de notable claridad. Tras afirmar —basado en la Dialéctica de Aristóteles¹⁷— que

¹⁴ Tras la breve introducción del Dr. Abū Rīda (pp. 5-7), su retroversión árabe y la edición del texto latino de Albino Nagy aparecen dispuestas en páginas paralelas, desde las 8-9 hasta las 34-35.

¹⁵ Cf. o. c. s., XXV-XXVIII.

¹⁶ Véase, por ejemplo, el vol. I de *Rasā'il al-Kindī al-falsafiyya*, pp. 58 ss., 80 ss., etc.

¹⁷ Acerca del pasaje de Aristóteles a que probablemente se refiere al-Kindī, cf. Abū Rīda, en su retroversión árabe de esta *Risāla* (8, nota 1).

ninguna cosa cae fuera de los dominios de la filosofía, por cuanto ésta es la ciencia de todos los seres, recuerda su división general en teórica y práctica. Prescindiendo de esta última, enumera las varias subdivisiones de la filosofía teórica, más o menos influenciado por el magisterio de Aristóteles en este campo¹⁸.

Tras esta breve introducción, aborda el tema central del opúsculo, «las cinco esencias», que son materia prima y forma sustancial, movimiento, lugar y tiempo. Dentro de su general brevedad, la extensión con que desarrolla cada uno de estos temas va siendo progresivamente mayor, desde las cualidades básicas de la materia prima —condensadas en pocas líneas—, las diversas acepciones del vocablo «forma» y las seis especies de movimiento —generación, corrupción, alteración, aumento, disminución y mutación «de loco ad locum»—, hasta subrayar ya la diversidad de opiniones sustentadas por los filósofos en cuanto a la naturaleza del lugar y del tiempo, caso de admitirse su real existencia¹⁹.

Los restantes opúsculos

Ya hemos insinuado que, además del opúsculo primero, al que acabamos de referirnos, también los cuatro siguientes ofrecen cierto interés filosófico, aunque en grado progresivamente inferior; los demás se consagran de manera primordial al estudio de los fenómenos físiconaturales, pero ocasionalmente abordan también otros problemas de importancia a nuestro propósito o muestran en su desarrollo el auténtico método de la ciencia filosófica, ciencia que al-Kindi define como «el arte de las artes y la sabiduría por excelencia».

Así, por citar sólo un ejemplo, al desarrollar nuestro autor el tema fundamental del opúsculo editado en noveno lugar, explicando por qué la parte elevada de la atmósfera está fría mientras la más próxima a la tierra aparece caliente, examina la naturaleza del verdadero conocimiento, las clases de éste y el mé-

¹⁸ En cuanto a la opinión de Aristóteles sobre la filosofía y sus partes, en relación con estas divisiones establecidas por al-Kindi, véase el primer vol. de *Rasā'il al-Kindi al-falsafiyya* (44-45).

¹⁹ Véanse, sobre todo, las pp. 27-31, 33-35, respectivamente.

todo más adecuado para alcanzarlo, centrandlo, por último, su atención en el problema de la creación del mundo, tan vivamente debatido en su tiempo²⁰.

Al-Kindī reitera aquí la afirmación —consignada ya en otros pasajes de sus escritos²¹— de que la auténtica base del conocimiento de las cosas es el conocimiento de sus causas, ya que, de otro modo, aquél resultaría imposible y absurdo. El sabio investigador debe buscar ante todo los presupuestos del conocimiento y avanzar luego apoyándose en ellos, de tal modo que se eleve progresivamente de los principios a las conclusiones y de un conocimiento a otro mediante la demostración, con paciencia, asiduidad y constancia, por la fatiga que implica esta dedicación absorbente, en tal forma que el estudio de los libros fundamentales le sirva de faro luminoso contra toda ignorancia y extravío.

Sabido es cómo, para al-Kindī, el conocimiento implica, de una parte, ciertas verdades independientes y anteriores a toda demostración, y, de otra, las verdades obtenidas por medio de aquélla. Son conocimientos anteriores a la demostración el de la existencia del objeto, el de los principios universales evidentes por sí mismos y el de la esencia del objeto expresada por su definición.

El obstáculo principal de este género de conocimiento estriba en que nuestros sentidos perciben tan sólo la existencia de las cosas y la inducción únicamente nos informa sobre sus propiedades; para llegar, pues, a la esencia de tales cosas, apoyándonos en datos sensibles, hemos de realizar una operación intelectual especial en la que se coordinan los cuatro grados del conocimiento, cuales son el intelecto en potencia, en acto, que pasa de la potencia al acto y demostrativo.

Mas, a pesar de todos estos elementos, y para que el conocimiento sea posible, ha de haber una realidad formal única; es decir, las formas sensibles e inteligibles se encuentran de algún modo en la esencia del alma, y los hombres dotados de conoci-

²⁰ Ed. de esta *Risāla*, pp. 90-100, precedida de la introducción del Dr. Abū Rīda; pp. 86-89.

²¹ Véase especialmente su *Kitāb al-falsafa al-ūlā*, ed. Abū Rīda, *Rasā'il al-Kindī al-falsafīyya*, I, 97-101.

miento superior pueden descubrirlas con mayor facilidad dentro de sí mismos. Consecuencia de esto es que, si el hombre mantiene la pureza de alma, su verdad interior viene a ser una con la verdad eterna, dando origen a la profecía, intuición especial del alma pura. El conocimiento de los profetas no es, pues, a juicio de nuestro autor, fruto del trabajo y esfuerzo, ni se apoya en premisas, primeros principios y métodos deductivos, sino que es el resultado de la inspiración o de una iluminación directa e inmediata por parte de Dios²².

Frente a este conocer directo e inmediato está el adquirido mediante la demostración, que, partiendo de la especificación e individualización, pasa luego a examinar las partes integrantes de las cosas y, tras pertrecharse con la definición, llega por último a la argumentación dialéctica o demostrativa propiamente dicha, en la que, aun cuando puede darse error así por la naturaleza de este género de conocimiento como por la índole del sujeto, es un proceso sensiblemente valioso desde el punto de vista racional, en cuanto nos conduce a la lógica, que, para al-Kindī, se confunde con la ética, la cual, a su vez, no es sino un acto de la virtud intelectual del hombre.

El problema de la «finitud» o «infinitud» de las cosas creadas era también una de las cuestiones más apasionadamente discutidas en la época de al-Kindī, y sobre alguno de sus aspectos trata ya nuestro autor en escritos anteriores²³. Esta doctrina se halla íntimamente ligada al problema central de la metafísica de al-Kindī, cual es el de la concepción de la Divinidad. Según él, podemos demostrar la existencia de Dios apoyándonos en la existencia del mundo, los fenómenos teleológicos y el orden del universo, que postulan, respectivamente, un ser creador, ordenador y gobernador, siendo esta última la prueba más perfecta entre todas las posibles.

Establecido como básico el principio de la absoluta unidad de Dios, lo distinguimos de las criaturas sirviéndonos de los atribu-

²² Al-Kindī resume aquí lo que ya había expuesto con mayor amplitud en su *Tratado sobre el número de los libros de Aristóteles*, ed. Abū Rīda, *Rasā'il al Kindī al-falsafīyya*, I, 372 ss.

²³ Véase, a este propósito, la introducción de Abū Rīda al primer vol. de *Rasā'il al-Kindī al-falsafīyya*, 27-31.

tos negativos, mientras que por los positivos intentamos acercarnos a la inmensidad ontológica de su ser, fuente y origen —por creación— de cuanto existe, así en el mundo de las esferas celestes como en el sublunar que contemplamos los humanos.

De acuerdo con la mayoría de los filósofos y teólogos de su tiempo, nuestro autor afirma, pues, que todo ser, por el mero hecho de pasar de la potencia al acto al venir a la existencia, es finito *a parte post*, pues semejante paso implica un cambio, y este cambio no puede darse en un ser infinito, ya que tal razonamiento nos llevaría al absurdo. Al-Kindī se preocupó por establecer sólidamente esta doctrina y sobre ella insiste con reiteración en varios de sus opúsculos²⁴.

Tratado sobre la formación de las nieblas

De entre los opúsculos especialmente consagrados al estudio de los fenómenos físiconaturales, y como ejemplo de su estructura y del método en ellos adoptado, ofrezco seguidamente mi versión española del más breve entre los seis de este género, con el consentimiento tácito de mi buen amigo el Dr. Abū Rīda. Me refiero a la *Risāla fi 'illat ḵaun ad-dabāb*, «Opúsculo sobre la causa de la formación de las nieblas».

Este tratadito es ciertamente obra de al-Kindī, según lo afirman con toda claridad los biógrafos Ibn al-Nadīm, Ibn Abī Uṣaybi'a y al-Qifī²⁵, aparte de que su propia orientación científica y las características de su tecnicismo, método y estilo evidencian la legitimidad de esta atribución.

En el nombre de Dios, clemente y misericordioso; para El sea la gloria.

Tratado de Abū Yūsuf Ya'qūb ibn Ishāq al-Kindī sobre la formación de las nieblas.

¡Dios te guíe hacia todo lo útil y te preserve de todo

²⁴ Cf., por ejemplo, *Kitab fi-l-falsafa al-ūlā*, ed. en *Rasā'il...*, I, 114-162; *Risāla fi idāh tanāhā fīrm al-cālam*, ib., 192; *Risāla fi waḥdāniyyat Allāh*, ib., 201-207; etc.

²⁵ Cf., respectivamente, y según las ediciones ya citadas, *cUyūn al-anbā'* p. 260; *Fihrist*, parte I, 213; *ljbār al-culamā'*, 245.

lo nocivo! Me has pedido te explique la formación de las nieblas²⁶, pero, a este propósito, he esbozado ya lo más indispensable bajo el aspecto de las ciencias naturales, sobre todo, dado tu conocimiento de lo expuesto con anterioridad acerca de los principios que rigen estos fenómenos. ¡De Dios proviene todo auxilio y en El confiamos!

Los vapores acuosos, al elevarse en la atmósfera se condensan, una vez producido el enfriamiento necesario, cuyos factores —entre los cuales están las nubes— hemos estudiado ya en el *Tratado acerca de la abundancia o escasez de la lluvia en determinadas regiones*²⁷.

Mientras las nubes permanecen fijas hasta deshacerse y disolverse, no se producen las nieblas; pero, si desde un lugar más elevado de la atmósfera el viento las empuja hacia tierra, al entrar en contacto con ésta se convierten en nieblas, las cuales no son en realidad sino nubes que, al descender, se disuelven por efecto del calor atmosférico en contacto con el suelo.

De esto se desprende que una niebla general y densa es indicio de tiempo sereno, pues la corriente de aire que empujó las nubes hacia tierra, limpió de ellas la parte superior de la atmósfera, donde por fuerza aquéllas habrán de condensarse para que se produzca la lluvia.

Mas, puede suceder también que la corriente de aire se produzca en el interior de la nube sobre su parte más próxima a la tierra, debido a la presión ejercida por capas frías contra la misma, por arriba o por los lados, con lo que ese aire así aprisionado empuja la nube hacia el suelo, descendiendo a veces la mayor parte de ella mientras el resto permanece estacionado en su lugar primero; pero las nieblas

²⁶ Este recurso de fingir que el libro está dirigido a un alumno es muy corriente entre los escritores árabes, y al-Kindī lo utiliza en todos los opúsculos de este segundo volumen, salvo en el núm. 1 —*De quinque essentiis*—, aunque es muy probable que en él lo emplease también, pues por ahora desconocemos su texto árabe, según hemos indicado ya. El mismo recurso se emplea también en algunos de los opúsculos editados por el Dr. Abū Rīda en el primer volumen de *Rasā'il al-Kindī al-falsafīyya*.

²⁷ Este título que aquí nos ofrece el propio al-Kindī resulta algo diverso del consignado por sus antiguos biógrafos, según advierte el Dr. Abū Rīda al principio de su edición, 70, nota 1.

que entonces se forman ya no son indicio cierto de serenidad atmosférica.

El fenómeno descrito puede confirmarse del siguiente modo: Se buscan en el firmamento el Sol o la Luna —según sea de día o de noche, respectivamente—, y si la mirada no llega a descubrirlos, es señal de que la nube alta está fija, mientras que si se ven con claridad detrás de la niebla, debe pensarse que aquella nube alta y densa descendió hacia tierra.

Esto se advierte con frecuencia, y por modo sensible, desde la cumbre de los montes elevados, pues a veces el vapor se condensa en niebla a menor altura, y quien allí se encuentra puede ver las nubes bajo él como nieblás; si luego desciende y las observa con atención, hallará que todas sus características son idénticas a las de la niebla que está en contacto inmediato con el suelo, salvo que la supera en cantidad de agua, humedad de los cuerpos por ella afectados y densidad. Por esto sucede en ocasiones que a quien pasa a través de ella le falta el aliento y se le hace difícil la respiración.

Es también indicio de buen tiempo la niebla que en determinadas circunstancias aparece sobre la superficie de la tierra, cuando aquélla es general y densa; pero de ordinario no acontece así, ya que el aire en contacto con dicha superficie la deshace y disuelve mediante su calor. En este caso la aparición de la niebla no supone una rápida mejoría del tiempo, sino que, por el contrario, sobrevendrá la lluvia debido al calor proyectado desde la tierra y activado por el movimiento de los objetos elevados.

Pero existen además otros factores que empujan las nubes hacia el suelo, por ejemplo, el que la parte de tierra contenida en el vapor de las nubes altas sea más abundante que la acuosa, y el que esta última, a su vez, predomine en las nubes bajas; así, cuando se enfrían las nubes altas, retornan a su estado primero y presionan sobre las bajas antes de disolverse y convertirse en agua, impulsándolas hacia tierra. Esto se debe a ciertas corrientes de aire pro-

ducidas por causas secundarias, que hemos determinado ya al tratar de la lluvia²⁸.

Atendiendo a los conocimientos científicos que ya posees, lo dicho es suficiente para responder a tu pregunta. (¡ De Dios proviene todo auxilio !)

Se concluyó la *Risāla*. ¡ Gloria a Dios, señor de los mundos, y bendito sea Muḥammad con toda su familia !

Conclusión

Podemos afirmar, como resumen de todo lo dicho, que, aun cuando nuestro autor es nombrado por los escritores musulmanes *Faylasūf al-ʿArab* y tenido como el primer impulsor de los estudios filosóficos en el Islam, en el cuadro general y objetivo de la filosofía musulmana hay que situarlo en una fase paralela a la de los físicos jónicos en la evolución inicial de la filosofía griega. Al-Kindī, que une a su carácter de filósofo, el de médico y astrólogo, es con preferencia un genio enciclopédico, cuyas actividades se extienden a casi todas las ramas del saber helénico. Ya Ibn al-Nadīm subraya tal orientación fundamental en las obras de al-Kindī²⁹; y ello nada tiene de extraño, por cuanto su producción literaria corresponde a una época de neto predominio de las ciencias en el mundo musulmán, que va desde la segunda mitad del siglo VIII hasta finales del X, y coincide justamente con el período en que se vertieron al árabe las más importantes obras de la ciencia griega.

Darío Cabanelas, O. F. M.

²⁸ En la *Risāla* que lleva el núm. 6 de este mismo volumen, cuyo texto árabe abarca las pp. 70-75.

²⁹ *Fihrist*, ed. c. s., 255; cf., asimismo, *Encyclopédie de l'Islam*, II, 1078-1079, s. vº *Al-Kindī* (De Boer).